**Contra la sobreescritura.- TEXTOS Y EJERCICIOS**

**Texto 1**

(El profesor Spencer)

Solía pensar en Spencer a menudo y, cuando uno pensaba mucho en él, empezaba a preguntarse para qué demonios querría seguir viviendo. Estaba todo encorvado en una postura terrible, y, en clase, cuando se le caía una tiza al suelo, siempre tenía que levantarse un tío de la primera fila a recogérsela. A mí eso me parece horrible. Pero si se pensaba en él solo un poco, no mucho, resultaba que dentro de todo no lo pasaba tan mal. Por ejemplo, un domingo que nos había invitado a mí y a otros cuantos chicos a tomar chocolate, nos enseñó una manta toda raída que él y su mujer le habían comprado a un navajo en el parque de Yellowstone. Se notaba que Spencer lo había pasado de miedo comprándola. A eso me refería. Ahí tienen a un tío como Spencer, más viejo que Matusalén, y resulta que se lo pasa bárbaro comprándose una manta.

(El señor Hass)

Los domingos, por ejemplo, se dedicaba a saludar a todos los padres que venían a visitar a los chicos. Se derretía con todos menos con los que tenían una pinta un poco rara. Había que ver cómo trataba a los padres de mi compañero de cuarto. Vamos, que si una madre era gorda o cursi, o si un padre llevaba zapatos blancos y negros, o un traje de esos con muchas hombreras, Hass les daba la mano a toda prisa, les echaba una sonrisita de conejo y se largaba a hablar por lo menos media hora con los padre de otro chico.

J. D. Salinger, *El guardián entre el centeno*

**Texto 2**

La china me pidió tabaco. Era muy alta, cerca de dos metros, como son altos los chinos cuando se pasan, y vestía siempre el chándal de baloncesto. Llevaba unas gafas de diez dioptrías por lo menos y había venido a lo mismo que yo, a recuperar algo, y por eso nos pusimos a fumar juntas para apartarnos un poco de Bertrán, que nos miraba de lejos, con su Lacoste de cuello subido y sus pulseras de cuero, un veinteañero de Majadahonda. La china era coleccionista, como el muerto. De catálogos de Ikea viejos, de mandos a distancia viejos, de cosas que no sirven para nada ni valen nada hasta que alguien decide lo contrario y lo usado pasa a ser antiguo. Bertrán nos miraba de cuando en cuando, con las manos en los bolsillos, no se ponía a hacer como que hablaba con el móvil, que es lo que hace todo el mundo cuando está solo en público, en realidad parecía que sabía algo y nosotras no. Pero es algo que suele ocurrirles a los hombres guapos, igual son guapos por eso, porque nunca se inquietan y saben que todo se pone naturalmente de su lado y están siempre morenos. El hombre guapo no se pierde por la calle. Yo sabía quién era él pero él no sabía quién era yo, o al menos eso pensaba hasta ese momento, cuando se acercó despacio, fluido y despeinado y me llamó por mi nombre. Nikki. Eso dijo. La china nos miró. Las mangas del chándal le quedaban cortas, era muy tímida, tenía el hombro de la sudadera tiznado de blanco de andar siempre rozando las paredes al caminar, mirándose la punta de las zapatillas. Lo que iba a decirme el guapo de Bertrán nunca lo supe porque en ese momento apareció un perro de entre las sombras de los árboles.

Esther García Llovet: *Sánchez*

**Texto 3**

* *¿Crees que les hice buena impresión?*
* *¿Impresión? ¿Impresión?*
* *Sí -dijo Frankie con los ojos todavía cerrados.*
* *¿Y cómo puedo saberlo? -dijo Berenice.*
* *Quiero decir, ¿cómo me porté? ¿Qué hice?*
* *Pues no hiciste nada.*
* *¿Nada? -preguntó Frankie.*
* *No. Solo mirarlos como si fueran dos fantasmas. Luego, cuando hablaron de la boda, abriste unas orejas del tamaño de hojas de col...*

*Frankie se llevó la mano a la oreja izquierda.*

* *No es verdad -dijo irritada. Y al poco rato añadió: - Cualquier día vas a encontrarte con que te han arrancado de raíz esa lengua tan gorda que tienes y la han tirado ahí encima de la mesa delante de ti. ¿Y qué crees que va a parecerte?*
* *Déjate de decir groserías -dijo Berenice.*

Carson McCullers: *Frankie y la boda*

**Texto 4: El zapatero**

* Buenos días, señor. Querríamos unas botas de goma impermeables y muy calientes. ¿Las vende usted? Tenemos dinero.

Él dice:

* Sí, las vendo. Pero las forradas, las más calientes, son muy caras.

Nosotros decimos:

* Las necesitamos muchísimo. Pasamos mucho frío en los pies.

Ponemos encima de la mesa baja el dinero que tenemos.

El zapatero dice:

* Solo da para un par. Pero podéis tener suficiente con un par. Calzáis el mismo número. Cada uno puede salir por turnos.

No es posible. No salimos jamás el uno sin el otro. Siempre vamos juntos a todas partes.

* Pedidle más dinero a vuestros padres.
* No tenemos padres. Vivimos en casa de nuestra abuela, la llaman la Bruja. Ella no nos dará dinero.
* ¿La Bruja es vuestra abuela? ¡Pobrecillos! ¿Y habéis venido desde su casa hasta aquí con esos zapatos?
* Sí, con estos zapatos. No podemos pasar el invierno sin botas. Debemos ir a buscar leña al bosque, debemos quitar la nieve. Necesitamos muchísimo…
* Dos pares de botas calientes e impermeables.

El zapatero ríe y nos tiende dos pares de botas.

* Probaoslas.

Nos las probamos, nos van muy bien,

Decimos:

* Nos las quedamos. Le pagaremos el segundo par en primavera, cuando vendamos pescado y huevos. O si prefiere le traeremos leña.

El zapatero nos devuelve nuestro dinero:

* Tomad. Cogedlo. No quiero vuestro dinero. Compraos más bien unos buenos calcetines. Os ofrezco esas botas porque las necesitáis muchísimo.

Nosotros decimos:

* No nos gusta recibir regalos.
* ¿Y por qué?
* Porque no nos gusta dar las gracias.
* No estáis obligados a decir nada. Podéis iros. No, esperad. Tomad también estas zapatillas, y unas sandalias para el verano, y estos zapatos cerrados también. Son muy resistentes. Coged todo lo que queráis.
* Pero, ¿por qué nos quiere dar todo eso?
* Porque no lo necesito ya. Me voy.

Le preguntamos:

* ¿Y adónde va?
* ¿Cómo saberlo? Se me llevan de aquí y me matarán.
* ¿Quién quiere matarle, y por qué?
* No hagáis más preguntas. Marchaos ahora.

Cogemos los zapatos, las zapatillas, las sandalias. Llevamos las botas puestas. Nos detenemos en la puerta y decimos:

* Esperamos que no se lo lleven. Y si se lo llevan, que no lo maten. Adiós, señor, y gracias, muchas gracias.

Agota Kristof, *El gran cuaderno*

**Texto 5 (ejercicio)**

Ana y Diego quedan en una cafetería tras veinte años sin verse.

* ¡Ana! ¡Qué alegría! No has cambiado nada.

Ana se sonroja, se da cuenta de que le miente, pero le devuelve la cortesía:

* Tú tampoco has cambiado.

A diferencia de ella, él sí se cree el cumplido.

* Sí, eso me dice todo el mundo. Que sigo siendo un chaval.

Se pasa la mano por el pelo, presuntuoso. Se sientan en una mesa y esperan a que llegue el camarero. Mientras tanto, Diego le pregunta a Ana qué ha sido de su vida.

* Cuéntame. Me dijeron que estuviste un tiempo viviendo en Italia. Allí estudiaste Dirección de Empresas, ¿no? Luego te casaste, tuviste dos hijos, te divorciaste y volviste a España. ¿Qué haces ahora?

Ana tartamudea, le cuesta trabajo confesar que está en paro, da rodeos:

* Estoy ampliando mi formación. Reciclándome.

Trata de cambiar de conversación:

* ¿Y tú, qué haces tú?

Diego empieza a enumerarle todos sus logros profesionales y personales. Mientras tanto llega el camarero. Él pide dos gintonics, sin preguntarle a ella si le apetece tomar otra cosa. Siempre fue muy desconsiderado, recuerda Ana, nunca se paraba a pensar que su carácter arrollador podía resultar de mala educación. A ella le gustaría decírselo ahora. Tiene muchos reproches que hacerle:

* Perdona que te interrumpa. Durante este tiempo he pensado mucho en lo que nos pasó. ¿Te acuerdas de cuando rompimos en verano? Habíamos ido de vacaciones a Lisboa. Hacía mucho calor y no nos poníamos de acuerdo en lo que cada uno quería hacer. Tú preferías estar por el día viendo museos  y volver pronto al hotel y a mí me hubiese gustado más pasear por la noche. Las diferencias terminaron siendo irreconciliables...

Diego la interrumpe:

* ¿Sí? Ese no es mi recuerdo. Yo creo que lo pasamos muy bien en Lisboa.

Diego jamás admitía ningún fracaso.

**Texto 6**

Tenía cierta experiencia en la vida de colegio. Yo llevaba interna desde los ocho años. En los dormitorios es donde se conoce a las verdaderas compañeras, delante de los lavabos, en las horas de recreo. Mi primera cama en un colegio estaba rodeada de cortinas blancas y la cubría una colcha de piqué blanco. También la mesilla de noche era blanca. Un falso cuarto seguido de otros doce. Una especie de casta promiscuidad. Se oyen las respiraciones. Mi compañera de cuarto en el Bausler era una alemana, aplicada y mala, como pueden serlo las chicas estúpidas. Su cuerpo, en la cándida ropa interior, era más bien hermoso. Ya era casi opulenta, pero yo sentía cierta repugnancia si inadvertidamente la tocaba. Tal vez por eso me levantaba muy pronto por la mañana para dar un paseo. Alrededor de las once, durante las lecciones, me dominaba el sueño. Miraba hacia la ventana, y la ventana me devolvía la mirada haciéndome adormecer.

Fleur Jaeggy: *Los hermosos años del castigo*

**Texto 7**

(...) La Puerta del Sol, anocheciendo, comienza a parecer una película rodada en los Estados Unidos. Valeria rotó sobre su eje y sacó polaroids cerebrales de: un campamento hecho con cartones y lonetas que se mueven con el viento del norte, damnificados con pancartas, un damnificado y un manifestante no son términos sinónimos aunque puedan confluir en alguna coordenada del espacio y del tiempo, trabajos manuales, un palo y una cartulina, caligrafía de párvulo que no pone mucho interés en completar sus planillas, palote, palote, palote cruzado, caligrafía no muy experta, desacostumbrada, “Los bancos nos roban”, “Delincuentes”, “Devolvednos lo nuestro”, “Estafa institucional”, “Todos, todos, todos son iguales” -no habla una mujer engañada por su esposo-, “¡Robin Hood!, ¿dónde te has metido?”, “Danos el pan, más líbranos del mal, amén” -no habla un creyente-. Valería disparó otras vertiginosas fotografías en blanco y negro; sus pupilas hicieron *clic, clic*: los mendigos se sonríen y apuran sus tetra bricks de morapio, seres deformes subrayan su deformidad con gran destreza y piden con un vasito, dan lástima y repelús, irritantes, súcubos, íncubos, amenazadores, la pierna dentro de los hierros se va retorciendo varios grados por segundo y el ojo se sale cada vez más de su órbita…

    Valeria registró incluso las visiones que se le habían quedado prendidas al rabillo del ojo mientras bajaba por la calle Montera: hombres anuncio compran y venden oro y otros minerales para fabricar dientes falsos, anunciantes de casas de empeño con chalecos de color amarillo o naranja flúor -¿por qué?, ¿por qué?, ¡ese lugar solo es para peatones!-, repartidores de publicidad -las tres últimas categorías, hombres anuncio, anunciantes, repartidores de publicidad, son la misma-, loteros y loteras, policías con perros pastores dispuestos a morder, policías secreta disfrazados de chavalitos hippies o modernos como si Serpico no hubiese pasado a la historia, vendedores ambulantes de objetos voladores, cosas moradas, libélulas cutres, que se lanzan al aire, vuelan un segundo, brillan y vuelven a caer al suelo, casas de apuestas y tiendas de souvenirs con camisetas blancas de futbolistas a los que les brilla el torso depilado como si se embadurnaran de aceite, grimosos: al cogerlos entre las manos seguro que se resbalan como una trucha.

    Valeria estuvo a punto de morir de una sobredosis de esos fogonazos que provocan ataques epilépticos en la pista de baile de la disco. Pero siguió acumulando flashes: curiosos buscan el mítico anuncio de Tío Pepe o la horrenda estatua del oso y el madroño, y encuentran ópticas, ópticas y ópticas por todas partes, el boom de las ópticas para ver ¿el qué?, putas rezagadas de la calle Montera se comen un plátano subidas en botas de plataforma, muslos prietos dentro de medias de licra, faldas cinturón, chicas muy guapas, eslavas, africanas, de Valdemorillo, de Pinto, de Valdepeñas o Coimbra, otras rebañan los restos de tomate de tupperware a la entrada de un portal y de postre fuman un cigarro, turistas japoneses fotografían con sus teléfonos inteligentes -smartphones- escaparates de tiendas de telefonía móvil -hay algo de mortuorio *déjà vu* en el gesto, la foto y la repetición, la telefonía dentro de la telefonía…-, algunos se limpian la boca tras salir de un dispensario de hamburguesas o de un buffet libre, casi libre, “Coma todo lo que pueda por nueve noventa y cinco”, qué asco, desperdigadas visiones, desubicadas, adolescentes mascan chicle, chupan caramelos, besan con lengua, lamen polos, tienen siempre la boca ocupada, fuera de servicio, adolescentes comen pipas y echan las cáscaras sobre el kilómetro cero, estatuas vivientes cambian de postura al oír el tilín de una moneda de veinte céntimos contra el platillo, Minnie Mouse -chivata de la policía- posa obscenamente para que la fotografíen, precipitados transeúntes se miran los pies y bajan a coger el metro o un tren de cercanías en el intercambiador de Sol.

Marta Sanz: *Farándula*

**Texto 8 (ejercicio)**

Hablaron Mercedes y Cristóbal con una mujer avejentada. Abundaban las canas en su cabellera, y las facciones afiladas restaban belleza a un rostro no exento de armonía.

Dejándolas solas, madre e hija sin historia ni práctica de trato; durante el puente de San José viajaron por Levante los esposos llevando a Gaietà. Buscaban el motor de las fallas, de la pólvora y el fuego; y pasearon al caprichoso y cambiante dictado de la multitud que los encarrilaba. Admirando los efímeros conjuntos artísticos de las plazas nutridas y los *ninots indultats* del museo; visitando las barracas de las huertas o probando los arroces en los lugares más y mejor recomendados, tuvieron en todo momento a Mina en la boca.

Al regreso, emocionada aún, la hija relató el beneficioso aprendizaje del encuentro con un pasado de imposible retorno. Descubrió en su progenitora a una mujer atormentada por el destino áspero y sañudo; que exteriorizaba un desmedido recelo ante lo inquieto y lo inmóvil, frente a lo ruidoso y a lo que guardaba silencio. La sintió asirse a ella como el náufrago a la traca o al cintón flotantes, igual que el despeñado al matojo que crece en la vertical del acantilado. Experimentó Mina, si no un amor, al menos una ternura similar a la sentida ante los corderos recién nacidos o los tambaleantes potros. Con tales premisas, llegados al pueblo el inmediato viernes, y situados en el umbral de la vivienda, les sorprendió una Florencia rejuvenecida. La peluquera produjo el milagro: un teñido de pelo y el corte distinto, adecuado a sus características, abrían un ángulo nuevo a la mirada brillante. Incluso se suavizaban los pómulos con la abundante alimentación y el descanso obtenido. La palmaria realidad de sus años jóvenes, cuatro o cinco menos que Mercedes, se manifestó recuperando la belleza velada por el descuido. Ignoraba Cristóbal si lo motivaban las prendas regalo de la esposa que vestía la otra, pero descubrió un inconcreto parecido entre ambas, el posible entre dos criaturas distintas, doméstica una y la otra salvaje: sedosas mejillas, labios finos y piel entre rosa y canela. Viendo a las tres juntas -Mina en el centro- supo de dónde sacó sus rasgos la niña; de una o de otra eran todos, y los del padre, que la gente veía indudables, se diluyeron en líneas borradas y perfiles extraviados.

**Texto 9: Jane y el bastón**

Mi madre no encontraba el bastón. Tenía un bastón, pero no encontraba un bastón en especial. El puño de ese bastón particular era la cabeza de un perro. Entonces se acordó: Jane tenía su bastón. Jane había venido a verla. Jane había necesitado un bastón para volver a casa. Eso fue hace dos años. Mi madre llamó a Jane por teléfono. Le dijo a Jane que necesitaba el bastón. Jane trajo el bastón. Cuando Jane llegó, mi madre estaba cansada. Estaba en la cama. Ni miró el bastón. Jane se fue a su casa. Mi madre se levantó. Miró el bastón. Vio que no era el mismo bastón. Era un bastón normal. Llamó a Jane y se lo dijo: no era el mismo bastón. Pero Jane estaba cansada. Estaba demasiado cansada para hablar. Se iba a la cama. A la mañana siguiente trajo el bastón. Mi madre se levantó. Miró el bastón. Era el bastón. Tenía la cabeza de perro, marrón y blanca. Jane se llevó el otro bastón, el bastón normal. Cuando Jane se fue, mi madre se quejó, se quejó por teléfono: ¿Por qué Jane no le había devuelto el bastón? ¿Por qué le había llevado el bastón que no era? Mi madre estaba cansada. Ay, qué cansada estaba de Jane del bastón.

Lydia Davis: *Cuentos completos*

**Texto 10: *Poética***

Te has quedado sin pastillas de propranolol y has pasado por tu farmacia de cabecera, que no cierra nunca, para comprar una caja. Eres un cliente habitual y has pagado con un billete de cincuenta. Te has guardado el cambio en el bolsillo sin pensar en contarlo, te has tomado dos pastillas y, al quedarte con un sabor desagradable en la boca, has entrado en la tienda del paquistaní de la esquina para reponer existencias de agua y Coca-Cola Zero. Le llamas el paquistaní de la esquina aunque la tienda no está exactamente en la esquina, sino a media manzana, entre un centro de estética regentado por una fumadora compulsiva y el taller de un electricista que se parece al coronel Custer. La tienda abrió hace poco y la regenta un hombre algo más joven y corpulento que tú. Tiene la televisión permanentemente conectada a un canal que alterna sermones de imanes furiosos, concursos estridentes y partidos de críquet y, en la sección de productos frescos, vende yogures de sabores que no encuentras en ningún otro sitio. En el momento de pagar has sacado de la cartera un billete de veinte (del cambio de la farmacia), pero, cuando el tendero lo ha tenido en las manos, enseguida te ha dicho: “Es falso”. De entrada, te has sentido avergonzado, sobre todo por su tono severo, como si te reprochase que intentaras endosarle un billete falso. Solo se te ha ocurrido balbucear una disculpa inconexa y sacar otro billete con la esperanza de que no fuera -no lo era- falso. Cargando con el agua y las cocacolas, has vuelto a casa inquieto y crispado. Has pensado en volver a la farmacia para pedirles que te cambiaran el billete. Pero también has especulado con que los de la farmacia, que durante tantos años nunca te han pedido las recetas de los muchos medicamentos que les has ido comprando, podrían ofenderse si ahora les reprocharas haberte endosado un billete falso (un billete que, de hecho, no pueden certificar que te hayan dado ellos, ya que deberías haberlo comprobado antes, justo cuando te han devuelto el cambio de los cincuenta). Y, activando mecanismos de compensación, has llegado a la conclusión de que, precisamente por tratarse de una situación ambivalente, quizá podrías reconvertirla en un artículo (la anécdota entendida como metáfora de un todo, como análisis de sangre que, a partir de una pequeña muestra, explica el pasado, el presente y quizás el futuro de un organismo pletórico o moribundo). Las fuerzas antagónicas que han entrado en colisión dentro de tu cerebro hasta paralizarte eran: a) evitar que el tendero paquistaní -que en el artículo podría ser perfectamente indio, afgano o iraní- pudiera interpretar que querías aprovecharte de él por el simple hecho de ser un recién llegado y que eso se pudiera interpretar como un reflejo racista o colonial; b) que la farmacéutica pudiera, a partir de la reclamación del billete falso, sentirse innecesariamente acusada y dejara de ser amable y eficaz (y no hiciera la vista gorda cuando le pides los antidepresivos con los que te automedicas); y c) -y, de largo, la más dolorosa- tener que admitir que en cualquier situación de incomodidad, en vez de actuar con naturalidad, de frente, siempre acabas adoptando unos tics de apocamiento, paranoia e inseguridad que, si tuvieras que definirlos con un adjetivo para calificar al autor de ese artículo que probablemente tampoco te atreverás a escribir, elegirías *pusilánime*.

Sergi Pàmies: *El arte de llevar gabardina*